

P.e JANUÁRIO DOS SANTOS

HISTORIA DE LOS TRES PASTORCITOS

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO

Recadero, 44

41003 - SEVILLA

ESTADO DE LA UNIÓN EUROPEA
COMISIÓN EUROPEA

ISBN: 84.7770-628-X

D.L.: Gr. 1501-2002

Impreso en España

Printed in Spain

PRÓLOGO

*Entre los muchos libros publicados sobre las Apariciones de Fátima, "Historia de los Tres Pastorcitos" ocupa un lugar singular, aunque modesto. Lo demuestra el hecho de, en poco tiempo, relativamente, se hayan agotado **ocho ediciones**.*

Escrito en un lenguaje sencillo, accesible a todo el mundo, este libro desea mostrar y divulgar la vida generosa de tres humildes niños que, dóciles a la voz del Cielo, tienen una influencia extraordinaria en nuestro tiempo. Con esto se desea también llamar la atención de todos, pero de una manera particular de los más pequeños, sobre una característica de su vida: el espíritu misionero.

De hecho, las charlas, oraciones y sacrificios, de los tres pastorcitos eran dominados por una única preocupación: la conversión de los pecadores. Este

sentido de los demás les lleva a practicar auténticos actos de heroísmo.

“Historia de los Tres Pastorcitos” es, como decimos, un libro sencillo, escrito sin ninguna pretensión científica, basado fundamentalmente en los relatos de la Hermana Lucia sobre las apariciones del Ángel y de Nuestra Señora y sobre los años de infancia que vivió, en alegría, preocupación y dolor, al lado de los primos.

Ojalá él continúe contribuyendo , en su modesta sencillez, para hacer más conocida la vida de los tres videntes proponiéndolos como ejemplo a los niños y a los cristianos.

P. Januário dos Santos

¡AY QUE SEÑORA TAN BONITA!

Érase una vez... tres inocentes pastorcitos de rostro afectuoso y moreno quemado por el sol y por las inclemencias del clima de la sierra. Se llamaban Lucia, Francisco y Jacinta. Francisco y Jacinta eran hermanos y primos de Lucia la mayor de los tres. Comenzaron a andar juntos en el pastoreo de los rebaños, gustaban tanto los unos de los otros que en medio de los juegos inocentes y del rezo del rosario, encontraban breves las largas horas que pasaban por el monte con las ovejas.

Un día, el 13 de mayo de 1917, que cayó en domingo, después de haber asistido a misa (sus padres decían con frecuencia: *¡Librenos Dios de pasar un domingo sin misa!*) se preparaban para salir con los pequeños rebaños. Lucia pasó por casa de los primos y llamó:

- ¡ Eh! ¡Salid de ahí que ya no es temprano!
- ¡ Espera un poco Lucia, que ya vamos!

Tras un momento, después de una última recomendación de los padres y bajo su mirada complaciente, Francisco con el hatillo de la comida al hombro y Jacinta arregladita como santa de altar, acompañaban a las ovejas a lo largo de un camino tortuoso y difícil.

- ¿ Para dónde vamos hoy, Lucia?
- Para la propiedad de mis padres en la Cova de Iria.

Estaba un día hermoso con un cielo azul encantador, levemente salpicado aquí y allí por un tenue pedazo de nube que el sol se había olvidado de barrer.

Atravesaron lentamente la pradera, para dar posibilidad a las ovejas de pastar libremente, y llegaron al alto de la Cova de Iria. Uno de ellos sugirió:

- ¡Vamos a construir una casita!
- ¡Vamos!
- ¡Pues entonces... traigamos la piedra de ahí!

Piedra no faltaba en aquel lugar. Las paredes iban creciendo enseguida porque Francisco, pedrero atareado, no dejaba tiempo para descansar a la prima y a la hermana que, con los rostros colorados por el esfuerzo, le acarrea-ban el material para la construcción.

Estaban entretenidos en este juego cuando sintieron un reflejo intenso de luz. Francisco y Jacinta preguntaron admirados:

- ¿Qué ha sido, Lucia?
- ¡Ha sido un relámpago!
- ¡¿Un relámpago?! Si el día está tan bonito... No hay nubes de tormenta...
- Pues no... pero fue un relámpago. Lo mejor es irnos para casa no sea que venga por ahí alguna gran tormenta.

Cogieron los hatillos de la comida y los pequeños callados llevaron las ovejas en dirección a la carretera. Al llegar junto a una encina grande, un nuevo resplandor de luz.

- ¿ Otro relámpago? - preguntaron medrosos.



Vieron, estupefactos, encima de una carrasca, una Señora muy hermosa.

- ¡Sí... tenemos que apurarnos! - aconsejó Lucia, que por su edad, era la responsable natural del grupo -.

Anduvieron unos pasos apresurados más. De repente, vieron, estupefactos, encima de una carrasca, una Señora muy hermosa, toda vestida de blanco, más brillante que el sol, la luz intensa que la rodeaba los envolvió completamente.

Ante la inesperada sorpresa, quedaron extasiados y, al mismo tiempo, recelosos. Viniendo al encuentro de este natural recelo, aquella Señora, con bondad de madre procuró tranquilizarlos:

- ¡No tengáis miedo... no os haré daño!
- ¿De dónde es Usted? - Pregunto Lucia por todos.
- Soy del Cielo.
- ¿Y qué es lo que Usted quiere de mí?
- Quiero pedir os que vengáis a la Cova de Iria seis meses seguidos, en los días 13, a esta misma hora. Después os diré quién soy y lo que quiero.
- Es del Cielo... ¿Y yo voy para el Cielo?
- Si, vas.
- ¿Y Jacinta?
- También.
- ¿Y Francisco?
- También... pero primero ha de rezar muchos rosarios.
- ¿Y María de las Nieves y Amelia qué andaban en mi casa aprendiendo a tejer y murieron muy jóvenes, ya están en el Cielo?

– María de las Nieves sí. Amelia todavía está en el Purgatorio...

Después de unos momentos de silencio la Señora les preguntó:

– ¿Queréis ofrecer a Dios para soportar los sufrimientos que Él quisiera enviaros en reparación de los pecados y por la conversión de los pecadores?

– Sí, queremos.

– Pues entonces, vais a tener que sufrir mucho, pero no temáis. La gracia de Dios no os faltará y ha de consolaros.

Al decir esta frase, la Señora abrió las manos de donde salieron haces de luz. Finalmente recomendó:

– Rezad el Rosario todos los días para alcanzar la paz en el mundo y el fin de la guerra.

Después se elevó muy serenamente en dirección al oriente abriéndose como un camino de luz por donde pasaba.

Los tres niños quedaron con los ojos clavados en el lugar hacia donde la Señora había ido. Después de algunos instantes, como quien despierta de un sueño hermoso se miraron admirados. El día estaba bellissimo y no había ninguna amenaza de tormenta. Allí, junto a ellos, indiferentes a cuanto había pasado, las ovejas retozaban en las pocas hierbecillas que aparecían entre los tojos. Al verlas tuvieron un suspiro de alivio. ¿Qué sería si ellas hubiesen huido espantadas por aquella luz tan intensa que rodeo la carrasca?

Reflejando una alegría extraordinaria en el rostro, repetían, embebidas, a cada momento, una única frase como quién no sabe decir otra cosa:

- ¡Ay que Señora tan bonita!
- Particularmente Jacinta no se cansaba de repetir:
- ¡Ay que Señora tan bonita!
- ¡Jacinta, ten cuidado, no digas a nadie nada de lo que vimos!
- ¡Estate tranquila, Lucia! ¡ Yo no digo nada! Pero...
¡Ay que Señora tan bonita!

¿Por qué será que la Señora nos metió aquí dentro del pecho tanta alegría que parece que no podemos quedar con ella sólo para nosotros? Cuando el ángel se nos apareció fue así... Quedamos muy contentos pero cansados. Entonces, no nos costaba nada guardar el secreto...

SOY EL ÁNGEL DE LA PAZ

Lucia recordó seguramente los primeros días de pastora después de cumplir siete años con las compañeras Teresa Matías, María Rosa y María Justina. Un día hacia 1915, mientras rezaba el rosario con las compañeras, para cumplir la recomendación de los padres, vio con ellas como una estatua de nieve sobre un árbol. Preguntáronse, intrigadas, unas a otras:

– ¿Qué es aquello?

La respuesta de las tres fue la misma:

– ¡No lo sé!

Al fin del rezo del rosario, la figura desapareció. Resolvieron entonces, de común acuerdo no decir nada fuese quien fuese. Algunas, con todo, no fueron capaces de guardar el secreto. Cuando la señora María Rosa, madre de Lucia, supo del hecho, que ya corría de boca en boca por la población, la llamó y preguntó:

– Oye: andan por ahí diciendo que viste no sé que...

– ¡Sí, madre mía! Vi, en el Cabezo, como que una persona... que parecía que estaba enrollada en una sábana...

– ¡Tonterías de niños!- dijo la señora María Rosa

en un gesto de desprecio.- Quién os da oído tiene tanto entendimiento como vosotros...

Algunas veces, en casa, cuando Lucia estaba distraída o absorta pensando en lo que le había pasado a ella, era cierto y sabido que sus hermanas la provocaban:

- Oh Lucia, ¿Qué estás haciendo? ¿Estás por ahí viendo alguna persona enrollada en alguna sábana?

De esta aparición que se repitió tres veces, Lucia nunca dijo una palabra a los primos que, entre tanto habían comenzado a acompañarla en el pastoreo del rebaño.

Un día en que fueron con el ganado hacia la Choza Vieja, a media mañana, comenzó a caer una lluvia menuda. Subieron la ladera en busca de un abrigo y encontraron una pequeña caverna, la Loca del Cabezo. Ahí se refugiaron y gustaron tanto del sitio que, aún después de haber pasado la lluvia, quedaron allí. Ahí comieron la comida, rezaron el rosario y jugaron. Estaban jugando a las piedrecitas, cuando, después de un viento fuerte e inesperado, vieron un joven vestido de blanco que se aproximó y los saludo así:

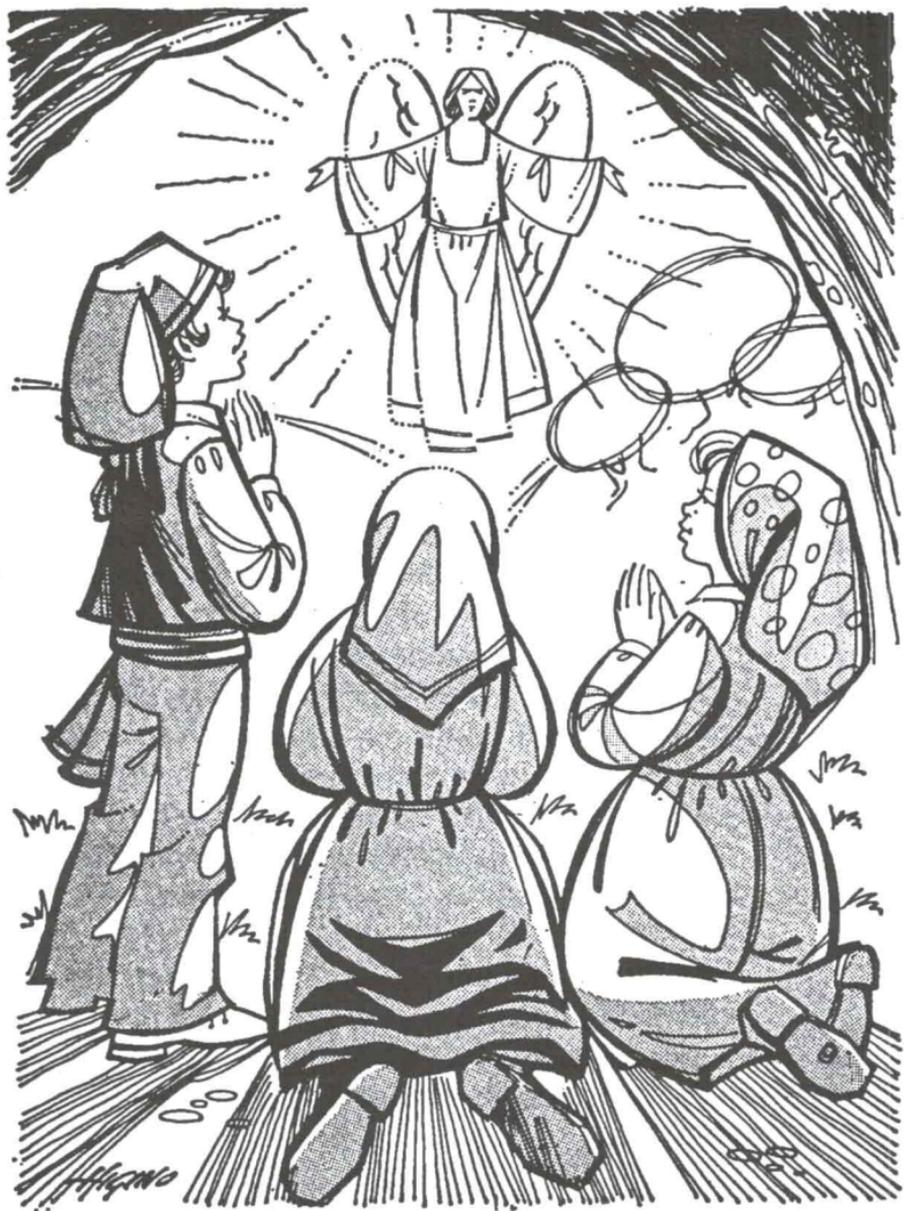
- ¡No temáis! ¡Soy el Ángel de la Paz! ¡Rezad conmigo!

Ante su espanto, él se arrodilló en tierra e, inclinando la cabeza hasta el suelo les pidió que repitiesen tres veces:

- *¡Dios mío!, ¡Yo creo, adoro, espero y os amo! ¡ Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no os aman!*

Después se levantó y les recomendó:

- Rezad así. ¡Los Corazones de Jesús y de María están atentos a vuestras súplicas!



Soy el Ángel de la Paz.

Cuando el ángel desapareció quedaron largo tiempo de rodillas sin hablar. Lucia se acordaba tal vez de lo que había sufrido por causa de las antiguas compañeras, pidió a los primos que guardasen secreto. Ellos lo prometieron y cumplieron. Después de esta aparición, Francisco, que no había oído las palabras del ángel, pidió a Lucia y a Jacinta que le dijese todo. Ellas le enseñaron la oración del ángel que los tres repetían con tal frecuencia que, a veces, hasta llegaban a caer de cansancio.

Pasados meses, un día de verano, los tres se encontraban jugando durante la siesta, en el patio del padre de Lucia encima del pozo del Arneiro. De repente vieron al pie de ellos la misma figura del ángel que les dice:

- ¿Qué hacéis? ¡Rezad, rezad mucho! Los Corazones de Jesús y María tienen desígnios de misericordia sobre vosotros. Ofreced constantemente, al Altísimo, oraciones y sacrificios.
- ¿Cómo nos hemos de sacrificar? - preguntó Lucia.
- De todo lo que pudiereis, ofreced a Dios sacrificios, en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores. Atraed así, sobre vuestra Patria, la paz. Yo soy su ángel de la guarda, el Ángel de Portugal.

Sobre todo aceptad y soportad con sumisión, el sufrimiento que el Señor os envíe.

Tampoco esta vez Francisco oyó las palabras del ángel. Por eso, cuando el desapareció, preguntó a la prima y a la hermana:

- ¿Qué es lo que os dijo el ángel? ¡Contadme todo!

Yo también quiero saber por qué sólo oí las palabras de Lucia.

- ¡Espera Francisco! Déjanos saborear toda esta alegría en silencio. Mañana preguntanos lo que quieras a mí y a Jacinta...
- ¡Sí, está bien!

Al día siguiente, pronto por la mañana, él fue a estar con Lucia y le preguntó:

- Oh Lucia, ¿Tú conseguiste dormir esta noche? ¡Yo no fui capaz! Estuve siempre pensando en el ángel y en lo que te había dicho.

Después de Lucia haberle contado todo lo que había pasado, él pidió algunas explicaciones:

- ¿Quién es el Altísimo?
- ¡Es Dios!
- ¿Qué quiere decir los Corazones de Jesús y de María están atentos a vuestras súplicas?
- Quiere decir que Nuestro Señor y Nuestra Señora quieren que nosotros recemos y que escuchan nuestra oración.
- ¿Qué quiere decir de todo lo que pudierais ofrecer a Dios en sacrificio?
- Quiere decir que debemos ofrecer todo lo que nos cuesta a Nuestro Señor: La sed, el calor, el frío, la comida que no nos gusta, los compañeros que nos aborrecen, las órdenes que no queremos cumplir... todo, todo... lo que nos cueste...

Francisco pedía tantas explicaciones que Jacinta le recomendó:

- ¡Mira! Habla poco de esas cosas...

Después de esta segunda aparición comenzaron a rezar todavía con más frecuencia, con el rostro en tierra la oración que el ángel les había enseñado. Francisco se cansaba y decía a la prima y a la hermana:

– Yo no soy capaz de estar así tanto tiempo como vosotras ¡Me duele tanto la espalda que no puedo!

– Mira: reza de rodillas o, entonces, siéntate.

Con frecuencia recordaban las apariciones del ángel. Entonces Jacinta decía:

– ¡No sé lo que siento! Cuando pienso en el ángel ya no puedo hablar, ni cantar, ni jugar. No tengo fuerzas para nada.

– ¡Yo tampoco! - repetía Francisco. ¿Pero que importa eso? El ángel es más bonito que todo lo que nosotros pudiésemos hacer para entretenernos. Pensemos en él.

A finales de septiembre, o ya en octubre, el ángel volvió a revelarse a los tres pastorcitos en la Loca del Cabezo donde habían estado rezando la oración “*Dios mío, yo creo, adoro, espero y os amo*”. De repente, vieron una luz intensa se levantaron para ver lo que pasaba y dieron con un ángel sustentando un cáliz y una hostia. De la hostia caían algunas gotas de sangre sobre el cáliz. Dejando el cáliz y la hostia suspensos en el aire se aproximó a los pastorcitos, se arrodilló y les pidió que repitiesen con él tres veces:

– *Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, os adoro profundamente y os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la Tierra en*



Vieron un ángel sustentando un cáliz y una hostia.

reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de Su Santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os pido la conversión de los pobres pecadores”.

Después se levantó y dio la Sagrada Hostia a Lucía y la Sangre del cáliz a Jacinta y a Francisco diciendo, al mismo tiempo:

- ¡Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos! ¡Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios!

Nuevamente volvió junto a ellos y, postrado, en acción de gracias, repitió por tres veces la oración a la Santísima Trinidad. Después desapareció.

Los tres pastorcitos permanecieron largo tiempo en silencio. Por fin comenzaron a repetir continuamente la oración que el ángel les había enseñado antes y después de cumplir. La tarde iba avanzada cuando Francisco advirtió:

- ¡Vamos para casa que se hace de noche!

En ese momento se dieron cuenta de que el tiempo había pasado muy deprisa. En los días siguientes el motivo de todas las conversaciones era aquella aparición. Preguntaba Francisco:

- Oh Lucía, a ti el ángel te dio la Sagrada Comunión... Pero... ¿a mí y a Jacinta qué nos ha dado?
- Fue también la Sagrada Comunión.
- Sí... yo sentía que Dios estaba dentro de mí pero no sabía como era...

TENDRÉIS QUE SUFRIR MUCHO

Durante algunos instantes, en ese inolvidable 13 de mayo, los tres inocentes pastorcitos recordaron, seguramente, estas manifestaciones del ángel. Pero fue cosa de breves momentos porque la visión de aquella Señora, más brillante que el sol, les había traído tanta alegría que, extasiados, miraban unos para los otros repitiendo: *¡Ay que Señora tan bonita!*

Lucia, al ver el transparente entusiasmo de Jacinta, le recomendó más de una vez:

- ¡Jacinta, ten cuidado, no digas nada a nadie!
- ¡Puedes estar tranquila, Lucia! No lo digo. Cuando fueron las apariciones del ángel yo también guardé el secreto...
- Pues sí... más el secreto del ángel era más fácil de guardar.

A la noche, en casa, Jacinta no fue capaz de esconder por más tiempo la felicidad que tenía en el alma. Como quien quiere y no quiere revelar un secreto, dice, en tono de confidencia:

- Oh madre, si supieses lo que vi...
- ¿Pero que viste tú, Jacinta?

- Yo vi una Señora muy hermosa... encima de una encina... en la Cova de Iria...
- ¿Una Señora encima de una encina?
- ¡Sí! Una Señora que dijo que era del Cielo y que prometió llevarnos un día para el Cielo.
- ¿Y qué quería ella de vosotros?
- Pidió que fuésemos allí todos los meses, en los días trece... después nos diría quien era y lo que quería.

Los padres de Jacinta y de Francisco, aunque sorprendidos con la extraña revelación de la hijita, mostraron no darle gran importancia. Pensaban que la mejor manera de probar a los hijos era mantener una prudente reserva.

Francisco oyó, con tristeza, la revelación del secreto al que la hermana se había comprometido. Por eso, al día siguiente, cuando se encontraron con Lucia, le informó enseguida de cuanto había pasado:

- Mira, Jacinta, ayer por la noche dijo allí en casa que Nuestra Señora se nos había aparecido...
- ¡A mi bien me parecía que tu no eras capaz de guardar el secreto! - dijo Lucia en una reprensión.

Lágrimas de sincero arrepentimiento corrieron por el rostro moreno de la inocente pastorcita mientras se disculpaba con una frase donde transparentaba toda la belleza de su alma cándida:

- Sabes... yo tenía aquí dentro del pecho una cosa que no me dejaba estar callada...
- ¡No llores, Jacinta! ¡Pero no digas a nadie más que vimos a Nuestra Señora!.
- ¡Está bien! ¡Lo prometo!



Yo tenía aquí dentro del pecho una cosa que no me dejaba estar callada.

No tardó, con todo, que el hecho fuese conocido por la población.

Aquello fue fuego que se extendió incentivado por los más diversos comentarios:

- ¡¿Todavía no sabes, comadre?! Dicen que Lucia, la hija del Abóbora y los muchachitos de Marto, Francisco y Jacinta, vieron a Nuestra Señora encima de una encina, en la Cova de Iria...
- Ahora...Ahora... Aquí hace unos meses ya Lucia dijo que se le había aparecido un ángel...Ahora es Nuestra Señora... ¿No te parccen, demasiadas visiones?
- ¡Qué sé yo! ¡Grande es el poder de Dios!
- ¡Pues es! Pero ellos no son ningunos santitos... Son niños vulgares... como los otros...

Cuando la señora María Rosa, madre de Lucia, tuvo conocimiento del caso, la llamó y le preguntó:

- Oye... ¿Todavía no se acabó esa historia de la aparición del ángel y ya vienes ahora con otra diciendo que viste a Nuestra Señora?
- ¡Yo no dije nada a nadie, madre mía!
- ¡¿No has dicho?! ¡¿Entonces como se supo?! Mira que yo no consiento una mentira en boca de una hija mía y, además, ¡una mentira de estas!...¿Prometes deshacer el engaño, decir a toda la gente que fue mentira y pedir perdón del mal que has hecho?
- ¡No puedo, madre mía!
- ¡¿Ah, no puedes?!... Yo te digo ya si puedes o no... Y, pasando de las reprensiones a las vías de hecho,



Ellos no son ningunos santitos

cogió una escoba y le dio algunos golpes acompañados de esta recomendación:

- Arréglate como quieras lo que tienes es que ir junto a las personas que engañaste a pedir perdón por esta gran mentira.

Cuando aquel día, Lucia se encontró con los primos llevaba los ojos enrojecidos de llorar. Ellos le preguntaron:

- ¿Qué fue lo que te aconteció, Lucia, para venir así tan triste y con cara de quien lloró?
- Mi madre quiere obligarme a pedir perdón a toda la gente diciendo que fue mentira que Nuestra Señora se nos ha aparecido...
- ¡Ves, Jacinta, la culpa es tuya! ¿Quién te mando decir en casa que habíamos visto a Nuestra Señora? - advirtió Francisco vuelto hacia la hermana.

Con los ojos inundados de lágrimas, la pequeñita se arrodilló delante de la prima y, con las manos juntas suplicó:

- ¡Perdóname, Lucia! ¡Yo nunca más vuelvo a decir nada a nadie!

Y, de hecho, a partir de entonces Jacinta se mostró muy reservada en hablar, fuese con quien fuese, sobre las apariciones de Nuestra Señora. Ella se acordaba de cuanto había hecho sufrir a la prima con su indiscreción.

ASÍ ERA JACINTA

Era Jacinta de una inocencia transparente que encantaba a las personas que con ella contactaban. Cándida como los corderitos de su pequeño rebaño, gustaba de cogerlos en el cuello, de mimarlos, de hablar con ellos, de decirles muchas cosas hermosas.

Una vez, de regreso a casa, púsose a caminar en medio de las ovejas. Lucia le preguntó:

- ¿Por qué vas así, en medio de las ovejas, Jacinta?.
- Para parecerme a Nuestro Señor... Yo tengo una estampa en la que Nuestro Señor también está en medio de muchas ovejas y hasta lleva una al cuello.

Uno de sus entretenimientos favoritos, en las largas horas que pasaba guardando el rebaño, era la danza. Cuando le llegaba a los oídos, venida de lejos, cualquier música ejecutada por algún pastor enseguida ella levantaba sus bracitos inocentes y acompañaba la sencilla melodía con requiebros del cuerpo muy graciosos. Otras veces pedía al hermano:

- ¡Francisco, toca un poco para que nosotros dancemos!

Y, en cuanto el pequeño pastor arrancaba al rústico



Mientras el pequeño pastor arrancaba al rústico pífaro algunas melodías ellas danzaban.

pífaros algunas melodías, ella y Lucía bailaban, entonaban arias populares y batían palmas marcando el compás de la música.

Lucía conocía su afición por la danza. Un día la pobre Jacinta lloraba desconsolada con la añoranza del hermano que había ido para la guerra y del cual no había noticias hacía mucho tiempo sospechándose hasta que ya hubiese muerto. Quiriendo distraerla de estos pensamientos sombríos, advirtió:

- ¡Jacinta, vamos a organizar un baile!
- ¡Pues vamos! - dijo prontamente.
- Entonces llama a tus dos hermanos...

De allí en un momento, la inocente pastorcita danzaba y limpiaba, al mismo tiempo las lágrimas de dolor y añoranza que le saltaban de los ojos por causa del hermano que había ido para la guerra.

Otro de sus juegos, en la sierra, era oír el eco de su propia voz. Encima de un cerro gritaba y la voz hacía eco por los valles. Jacinta hallaba inmensa gracia a este prolongar la propia voz. Y comenzaba:

- Ave María...
- A...ve ...Ma...rí...a
- Llena de gracia...
- Lle...na de... gra...cia

Le parecía que nada era también repetido por el eco como las palabras del Ave María. Por eso, con frecuencia, rezaba algunas Ave Marías gritadas en dirección a la línea del horizonte.

Bastantes veces iba a jugar con el hermanito a la era de la casa de Lucía. ¡Y cómo a ella le gustaba quedar

allí, al final de la tarde, para apreciar los hermosos tonos que el sol poniente dejaba a las hojas de los árboles, a las casas, al paisaje!... Cuando aparecían las primeras estrellas comenzaba el desafío entre los tres a ver quien era a contar el mayor número.

- ¡Yo ya conté siete!
- ¡Y yo ocho!
- ¡Y yo diez!
- ¡Sabes, Lucia ! Las estrellas son las lámparas de los angelitos... el sol es la lámpara de Nuestro Señor... y la luna la lámpara de Nuestra Señora...
- ¿Cuál de estas lámparas te gusta más, Jacinta?
- A mi me gusta más la lámpara de Nuestra Señora. ¡Da luz, la gente puede mirar para ella y no quema!

Por recomendación de los padres, los tres inocentes niños debían rezar el rosario todos los días, durante el pastoreo del rebaño. Como entonces, el tiempo les parecía muy poco para jugar, inventaron una manera curiosa de aliviar la conciencia de esta obligación. Pasaban las cuentas diciendo sólo Ave María, Ave María, Ave María... Al fin de cada decena, hacían una pausa y decían, muy despacio: Padre Nuestro. Así, en poquísimos instantes, ellos rezaban el rosario y podían volver a los juegos y entretenimientos preferidos.

No obstante esta inocencia encantadora, Jacinta tenía algunos defectos bastante notorios. Era enfadadiza, amiga de ponerse a llorar por cualquier motivo, voluntariosa, apegada a la propia opinión. Cuando jugaba a los boto-



¿Por qué es que Nuestro Señor está, así clavado en una cruz?

nes con ella, Lucia perdía con frecuencia. Agotada la provisión de botones, algunas veces, no había otro remedio sino recurrir a los de la ropa que arrancaba. Cuando la madre la llamaba, Lucia que ya sabía lo que le esperaba si entraba en casa sin botones en la ropa, suplicaba:

- ¡Jacinta, dame los botones que me ganaste!
- ¡No los doy! ¡Son míos!
- Dámelos sino mi madre me pega...
- No los hubieras perdido...
- ¡Sino me los das, no vuelvo a jugar contigo! A esta amenaza ella cedía porque le gustaba mucho la compañía de la prima. Por el contrario, huía de los compañeros malos o de los que hablaban mal.

También le gustaba mucho saber todo lo que se refería a Jesús. Cierta día, mientras contemplaba un crucifijo, preguntó a Lucia:

- Dime: ¿Por qué es que Nuestro Señor está así clavado en una cruz?
- Por causa de nuestros pecados. Porque murió por nosotros.
- Cuéntame como fue.

Y mientras la prima le iba contando la historia de la Pasión y Muerte de Jesús, que había oído narrar en casa a su propia madre, ella derramaba lágrimas de compasión por el Señor. Y, muchas veces, le pedía que la volviera a repetir:

- ¡Sabes, Lucia! Yo tengo mucha pena de Nuestro Señor que sufrió tanto por causa de nuestros pecados. Yo no quiere cometer pecados para que Nuestro Señor no sufra más.

Siempre que ella tenía conocimiento de los comentarios desfavorables que se hacía en la aldea en los que Lucia, como la mayor del grupo, era la principal señalada - ¡Ya debía tener un poco de sentido común para no meterse en semejantes tonterías! - se llenaba de tristeza. Se sentía responsable por todos los sufrimientos de la prima y del hermano por no haber sido capaz de guardar el secreto.

Cuando la veía triste y cabizbaja, Lucia la invitaba:

- ¡Jacinta ven acá!... ¡Vamos a jugar!
- ¡No quiero!
- ¿Por qué?
- Porque la Señora dijo que era preciso hacer sacrificios por los pecadores. Yo quiero hacer el sacrificio de no jugar.

Francisco, desde la primera aparición, se había vuelto más reflexivo.

Se apartaba con bastante frecuencia de las compañeras. No era raro, cuando lo llamaban, que mostrara el rosario y decía a modo de explicación:

- ¡Dejadme rezar! ¿No recordáis que Nuestra Señora dijo que yo tenía que rezar muchos rosarios para ir al Cielo?

¿Y SI FUESE EL DEMONIO?

Entre tanto, se aproximaba el día 13 de junio, fiesta de San Antonio en la aldea. En casa de Lucia la madre y las hermanas habían planeado no hablar más de Cova de Iria. La mejor manera de hacer olvidar ciertas cosas es no darles importancia. Algunas veces, comentaban entre sí:

- ¿Vamos a ver si ella prefiere la Cova de Iria, la Señora de la Encina, a la fiesta de San Antonio? Y se quedaban en la negativa. ¡Y además Lucia que era tan amiga de fiestas!...

Pero, el día 12, cuando en casa se hacían planes para el día siguiente, ella las desconcertó con una afirmación muy clara:

- Mañana, voy a Cova de Iria porque aquella Señora nos pidió que fuésemos allí todos los días 13.

Jacinta en su sencillez, fue más explícita. Llegándose junto a la madre, la tía Olimpia, la convidó así:

- ¡Oh madre, ven mañana con nosotros a la Cova de Iria a ver a Nuestra Señora!
- ¡Cuál Nuestra Señora, cuál caperuza! ¿Todavía andas con esas insensatas ideas en la cabeza? ¡Anda, niña! ¡Déjate de tonterías! Ven con noso-

tros a la fiesta de San Antonio que este año promete ser más bonita que nunca. Tiene adornos vistosos, música, fuegos artificiales, diversiones... ¿Qué hay ahí más bonito que la fiesta de San Antonio?

- ¡Aquella Señora, madre mía! La fiesta de San Antonio no vale para nada comparada con aquella hermosa Señora.

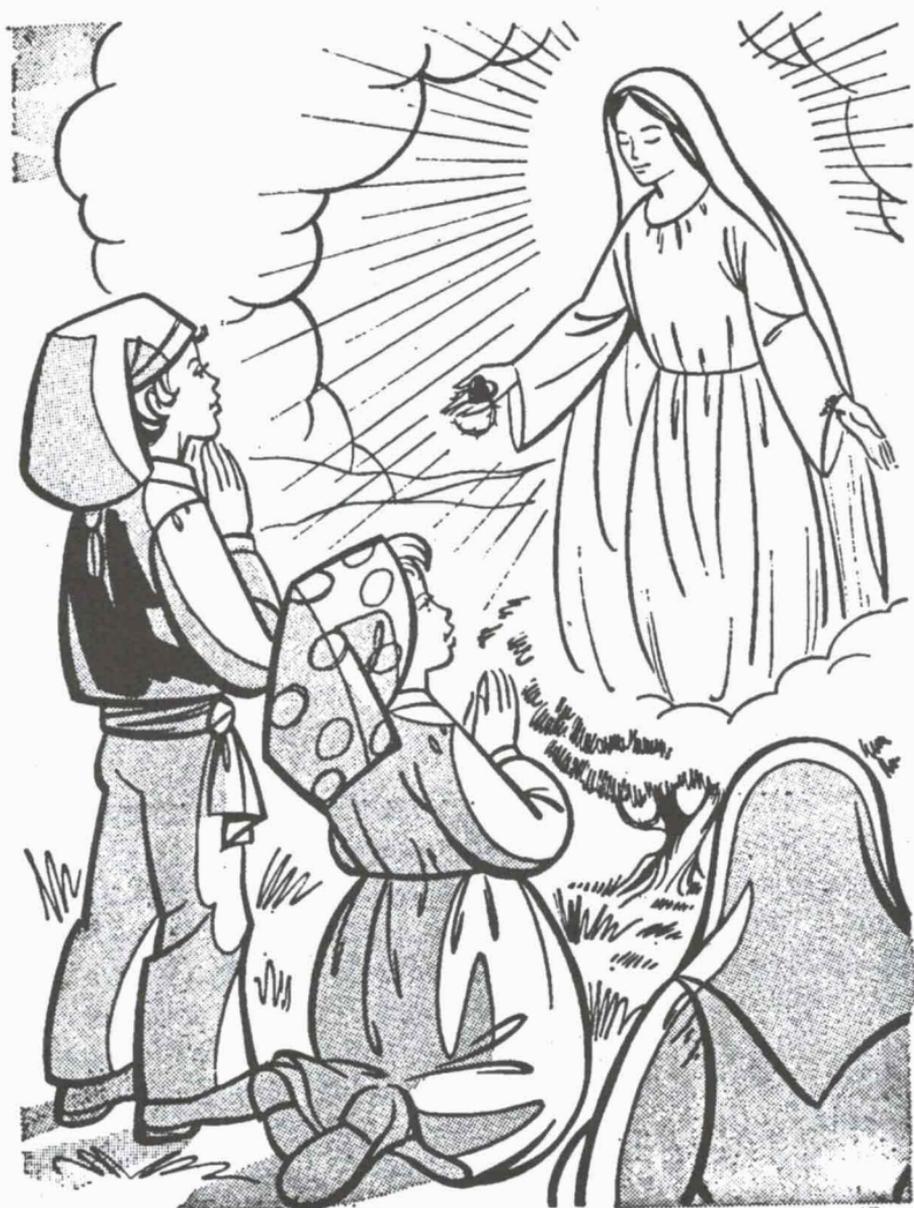
De mañana temprano, en ese día 13 de junio, Lucia salió con el rebaño planeando ir a misa a las diez y después a la Cova de Iria. Pero, poco después de romper el sol, el hermano fue a llamarla:

- ¡Lucia, vete para casa porque están allí varias personas que quieren hablar contigo! Yo quedo guardando el rebaño.

Al dar con un razonable grupo de personas, Lucia preguntó:

- ¿Qué es lo que quieren ustedes de mí?
- ¡Queremos ir contigo a la Cova de Iria!
- Pero... ¿De dónde son que no les conozco?...
- Somos de Boleiros, de Carrascos, de al lado de Tomar, de al lado de Minde...
- ¡Todavía es pronto!
- ¡Vengan conmigo a misa de ocho!

Después de la misa, ellas se sentaron en el patio, a la sombra de las higueras esperando a que la pastorcita se dirigiese hacia la Cova de Iria lo que sólo aconteció cerca de las once horas. Otras personas se fueron uniendo por el camino a los videntes, de modo que, cuando comenzaron a rezar el rosario al lado de la encina eran ya unas cincuenta



**Sobre la palma de la mano derecha tenía
un corazón cercado de espinas.**

personas. Al finalizar el rosario, se vio un relámpago señal de la presencia de la Madre del Cielo. Momentos después Nuestra Señora aparecía encima de la encina.

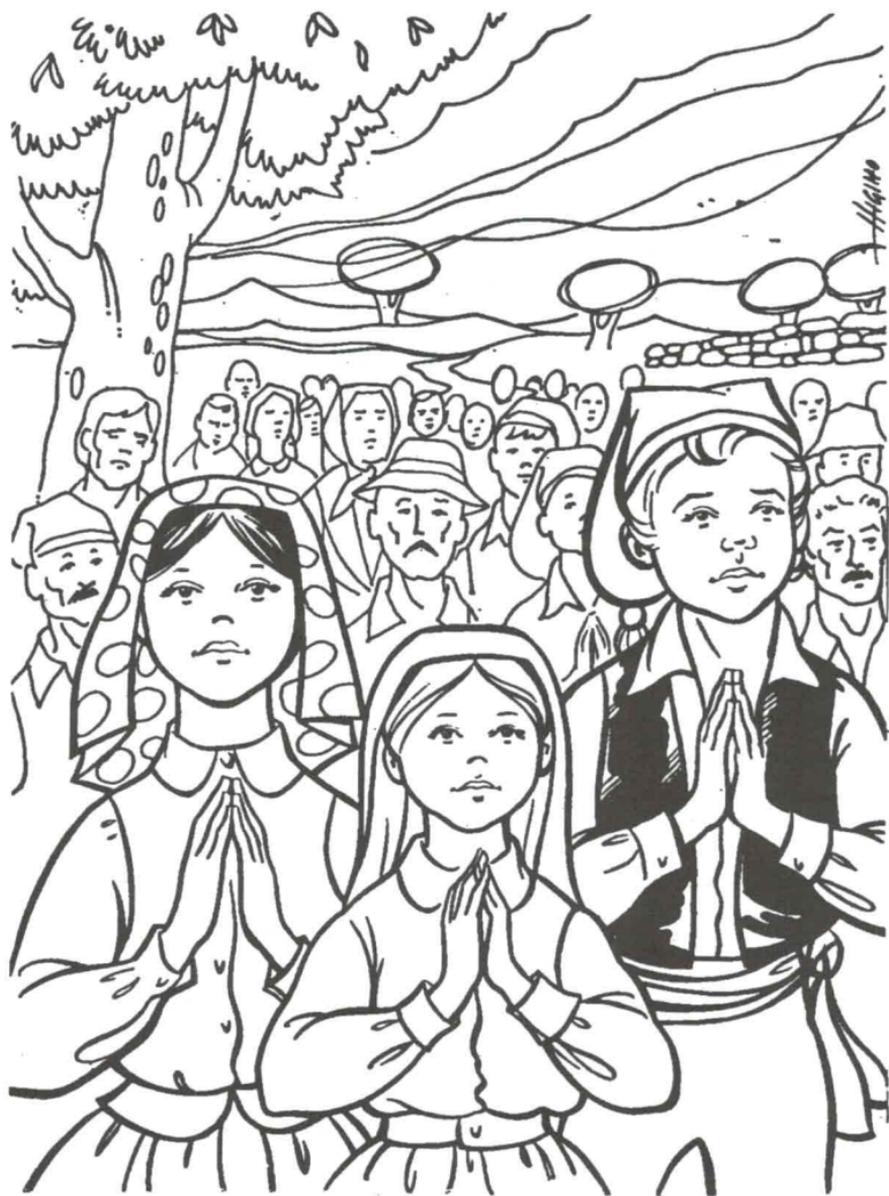
Lucia inició el diálogo con toda sencillez:

- ¿Qué quiere Usted?
- Quiero que vengáis aquí el día 13 del próximo mes, que recéis el rosario todos los días, que aprendáis a leer...
- Deseaba pedirle un favor... que curase a un enfermo...
- Si, lo curaré, en el transcurso de este año, si él se convierte.
- ¡También quería pedirle que nos llevara al Cielo!
- ¡Sí! Jacinta y Francisco irán en breve. Tú quedarás en la tierra para dar a conocer mi Inmaculado Corazón y para propagar su devoción.
- Entonces...¿Quedo sola en el mundo?
- Quedas. Pero no te entristezcas. Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá hasta Dios.

Al decir estas últimas palabras la Señora abrió las manos. Un intenso reflejo invadió a los tres pastorcitos que fueron penetrados por esa luz suave. Sobre la palma de la mano derecha tenía un corazón cercado de espinas que enseguida vieron que era el Corazón de la Buena Madre del Cielo ofendido por los pecados de los hombres ingratos.

Después, Lucia se levantó muy deprisa y dijo a toda la gente mientras apuntaba con el brazo extendido para el oriente:

- ¡ Miren! ¡ Miren! Allá va Nuestra Señora...



**Después del rezo de la letanía se formó,
espontáneamente devota procesión.**

Y, después de unos momentos:

- ¡Bueno! ¡Ahora ya no se ve! ¡Ya entró en el Cielo y ya se cerraron las puertas!

Curiosas, las personas se aproximaron a la encina que había servido de trono a la Virgen Santísima y observaron que las ramas más tiernas estaban tumbadas hacia el oriente como para indicar la dirección en que habían sido rozadas por el vestido de la Señora cuando partió.

Entusiasmados por todo cuando les había sido dado observar, algunos de estos primeros peregrinos de Cova de Iria propusieron:

- ¡Recemos el rosario!
- ¡No! - Enmendaron otros. Recemos aquí sólo la letanía. ¡El rosario vamos a rezarlo camino de Fátima!

Todos aceptaron. Después del rezo de la letanía se formó, espontáneamente, una devota procesión de algunas decenas de personas que, con los pastorcitos, fueron rezando el rosario camino de sus casas.

La noticia de la nueva aparición se expandió rápidamente dividiendo, más de una vez, las opiniones. Decían algunos, después de haber escuchado el testimonio de las personas que habían asistido:

- ¡Qué pena! ¡Déjalo estar que para el próximo mes no fallo!

Otros, incrédulos, atormentaban a los pastorcitos con frases mortificantes como éstas:

- Mira, Lucia, ¿Entonces aquella tal señora vino otra vez a pasear por encima de los olivos y de las encinas?